

## La Magdalena, Juan Arias

### Introducción

María Magdalena es la figura más misteriosa de los Evangelios canónicos. A pesar de la relevancia que esta mujer tiene en el desarrollo de la vida y la doctrina de Jesús de Nazaret, la Iglesia «oficial» siempre tuvo miedo del personaje. El principal temor de los altos estamentos eclesiásticos se basaba en un hecho decisivo: a juzgar por los textos, María Magdalena parecía asociada afectivamente a Jesús. A partir de aquí, la Iglesia tuvo miedo de que se pudiera descubrir el verdadero secreto de aquella mujer galilea que se enamoró del profeta que anunciaba caminos nuevos de esperanza. Aquel secreto —siempre temido y nunca desvelado completamente— podría hacer tambalear los cimientos mismos de la Iglesia. Por eso ha sido considerado como el último secreto del cristianismo y sólo en los últimos tiempos este enigma comienza a estudiarse seriamente.

Desde los orígenes del cristianismo se tejió en torno a María Magdalena una tupida red de fábulas y caricaturas, todas ellas creadas con fines políticos. Al menos aparentemente, la intención era ocultar su verdadera identidad y quizá rebajar o eliminar el papel fundamental que ella debería haber tenido y no tuvo en la fundación de la nueva secta cristiana.

Así nació la leyenda: sin ningún fundamento histórico ni bíblico, se proclamó la condición de prostituta pública de Magdalena, o se aseguró que era una mujer poseída por demonios impuros, o se fomentó la idea de una mujer pecadora, arrepentida y penitente, que se habría retirado al desierto para expiar sus faltas. Todo ello no era más que un personaje inventado y no siempre inocentemente.

María Magdalena, la verdadera, fue la mujer escogida por el profeta de Nazaret: ella era la destinataria primera de sus revelaciones y los secretos de su sabiduría. Esta singular decisión acabaría irritando al apóstol Pedro, que no entendía por qué tenía que confiarle a ella secretos que escondía a sus discípulos más cercanos. Fue la mujer que él eligió para depositar en sus manos la herencia de su doctrina revolucionaria. Por eso, según los mismos evangelios, Jesús resucitado aparece ante ella en primer lugar —ni siquiera ante su madre— y, como mensajera, la envía a comunicar la importante noticia a Pedro y a los demás apóstoles, escondidos y amedrentados tras la crucifixión del líder espiritual.

Desde estos primeros párrafos de la introducción debe avanzarse una hipótesis que parece bien documentada: Magdalena vivió con Jesús una apasionada historia de amor. (En todo caso, no conviene imaginarla anacrónicamente como una relación romántica, sino como una experiencia encuadrada en su tiempo y, además, es necesario tener en cuenta los límites sociales impuestos por la cultura judía y su época). Se trata de una historia que sólo ahora, y gracias a las traducciones de los famosos evangelios apócrifos, encontrados en 1945 en Egipto, empieza a perfilarse, tras siglos de silencio y ocultamiento a la que ha sido sometida desde la oficialidad eclesiástica.

Aparte de la relación afectiva —o imbricado en ella—, hay un aspecto «político» que afecta a la institución que ha mantenido viva la enseñanza del Nazareno: quebrando todas las reglas sociales de su época, el judío Jesús, hijo de María y de José, escogió a una mujer, a la galilea Magdalena, para anunciar al mundo la buena nueva de que Dios había cambiado de nombre, que iba a ser un Dios padre y madre y no un juez. Se trata de un giro decisivo: ¿por qué no escogió a un hombre? ¿Por qué no fue Pedro el elegido? Es cierto que la interpretación tradicional de las palabras de Jesús sugiere que Pedro fue la primera «piedra» de su Iglesia, pero hoy se tienen serias dudas respecto a la transmisión de la sabiduría del Nazareno: quizá no le fue encomendada a Pedro, sino a la Magdalena.

¿Por qué se impidió el designio primero de Jesús? ¿Por qué se trató de oscurecer la imagen de Magdalena? ¿Quiénes se ocuparon de ello? ¿Por qué Pedro y Pablo acabaron ganando la batalla contra ella? ¿Por qué la Iglesia primitiva convirtió a la compañera sentimental de Jesús en una vulgar prostituta arrepentida?

Algunos lectores de El Código da Vinci se preguntan si es verdad lo que escribe Dan Brown sobre la Magdalena y sobre la descendencia que habría dejado de su unión con Jesús. (La

novela sugiere que los dos personajes evangélicos tuvieron hijos y que éstos permanecerían ocultos por razones políticas frente a una hipotética persecución de la Iglesia, hasta el momento en el que fuera necesario desvelar el gran secreto. La referencia a Leonardo da Vinci se basa en una teoría según la cual el genio renacentista habría dejado en sus obras ciertas claves para transmitir el secreto a la posteridad). Aunque la visión presentada por el escritor del best-seller está impregnada de fantasía y carece de veracidad histórica, la obra ha tenido el mérito de poner sobre el tapete el gran tabú de la Iglesia: la relación privilegiada de Jesús con aquella mujer de Magdala. Los lectores de Dan Brown deben saber que el autor americano escribió una novela que sólo de lejos ataca el verdadero problema. La peripecia vital de Jesús y Magdalena se ha documentado bien, a partir de los evangelios canónicos y otras fuentes. En las páginas siguientes podrán encontrarse respuestas a la mayoría de las preguntas que se han formulado.

#### Cristianismos

La Iglesia aún no ha hecho cuentas con el misterio y el secreto de María Magdalena. Un día u otro tendrá que hacerlo. Sobre todo, la explicación se hace necesaria desde la aparición de los nuevos documentos que revelan que existieron varios cristianismos originales y que uno de ellos había sido liderado por María Magdalena, aunque acabaron triunfando los de Pedro y Pablo. Todo ello demuestra que probablemente hubo una traición, aún no del todo descubierta, en las raíces mismas del cristianismo primitivo. Y en este punto es necesario recordar que el cristianismo fue una secta revolucionaria nacida en el seno del judaísmo.

Los manuscritos gnósticos de la Biblioteca egipcia están obligando a la teología católica y a los especialistas de la Biblia a una relectura de los evangelios canónicos, sobre todo del Evangelio de Juan, el llamado «IV Evangelio», que tantos quebraderos de cabeza dio siempre a la Iglesia por su fuerte sustrato gnóstico. El gnosticismo cristiano fue una de las primeras corrientes teológicas, condenada más tarde por la Iglesia oficial. Hoy, importantes expertos de la historia del cristianismo comienzan a aventurar la hipótesis de que dicho evangelio pudo haber sido escrito —o por lo menos, inspirado— por Magdalena.

La figura de Magdalena ha permanecido tan oculta que ha generado confusión y desorientación. Las preguntas se suceden: ¿Y si el misterioso y nunca desvelado «discípulo amado» fuera más bien la «discípula amada», es decir la mismísima María Magdalena? (El sintagma «discípulo amado» ha dado origen a ciertas teorías peregrinas, por ejemplo, la que sugiere ciertas tendencias homosexuales en Jesús). Y para que no falten hasta las hipótesis, hay quien ha llegado a fantasear con un misterioso «discípulo amado», del que los evangelios nunca revelaron su nombre ni su verdadera identidad, y a quien se presenta como a un jovencito, pudiera haber sido un hijo del amor entre Jesús y la Magdalena.

María Magdalena: una gran historia de amor

¿María Magdalena era judía o pagana? ¿Cuál era su formación intelectual? ¿Por qué la escogió Jesús como receptora de sus misterios? ¿Por qué adquirió el grado de iniciada? Dados los pocos datos históricos que se conocen de esta mujer, es lógico que se haya desencadenado un rosario de fantasías. La mayoría de estas historias se centran en la presumible relación entre Magdalena y Jesús. Quizá por ello existen más novelas sobre la Magdalena que libros históricos.

Aquí no se ocultarán esas fantasías, ya que este libro se ha concebido como un reportaje periodístico que pretende seguir las huellas de la mujer más amada por Jesús. Pero, al mismo tiempo, el tema se tratará con el máximo rigor histórico, con el apoyo de los especialistas más serios en materia bíblica, tanto católicos como ortodoxos y protestantes.

Como en trabajos anteriores sobre Jesús y sobre su madre, María, esos dos grandes desconocidos, también con María Magdalena se intentará matizar lo que se sabe y descubrir lo que no se sabe sobre su verdadera historia, separando lo real y documentado de las puras fantasías o ficciones novelescas.

Al final, la historia de esta mujer es una gran historia de amor, testimoniada por los evangelios oficiales que la Iglesia considera inspirados por Dios y corroborada por los evangelios apócrifos que, durante siglos, antes de condenarlos, también la Iglesia consideró dignos de respeto. Es una historia de amor humano, al que probablemente no haya que privar de carácter sexual, y no sólo religioso. Ni siquiera el final dramático del amado colgado de un madero, como un delincuente cualquiera, consiguió quebrar aquel amor, ya que ella siguió amando a Jesús no como muerto sino como resucitado.

Finalmente, la vida de Magdalena interesa sobre todo a las mujeres, por razones que se evidenciarán en las siguientes páginas, y sería deseable que tuviesen la paciencia de bucear

en esta increíble historia de amor hasta ahora celosamente ocultada por el conservadurismo machista y patriarcal de las iglesias.

1

Ni prostituta ni endemoniada

A fuerza de leyendas, tradiciones e invenciones, María Magdalena se convirtió en el prototipo de la pecadora arrepentida. Ni siquiera entre los cristianos se ha conservado otra idea. Pero María Magdalena, la mujer más nombrada en los evangelios, no fue una prostituta ni estuvo poseída por demonios impuros. Es así, sin embargo, como se ha presentado a este personaje desde los albores del cristianismo y como lo testimonian miles de pinturas sobre ella: como prostituta arrepentida que se retiró al desierto para hacer penitencia por sus lujuriosos pecados. Así aparece durante siglos, descrita en infinitos sermones en las iglesias, en ejercicios espirituales y en numerosos escritos católicos. Se llegó incluso a considerar a la Magdalena como la patrona de las prostitutas.

En la actualidad y tras el Concilio Vaticano II, la Iglesia ya no considera a la Magdalena como a una prostituta. Esta modificación se ha producido casi en silencio, como es habitual en las transformaciones eclesiológicas que pueden causar alguna alteración en las creencias de los fieles. En los oficios de su fiesta litúrgica (22 de julio) María Magdalena ya no aparece como la «penitente», lo cual suponía que había sido efectivamente «pecadora». En la nueva liturgia, en vez del pasaje de Lc 7, 36-50 en el que se describe la unción de la prostituta, se lee ahora el Evangelio de san Juan (20, 1-2 y 11-18), en el que se narra que María Magdalena fue la primera en acudir al sepulcro tras la crucifixión, y la primera en anunciar a los apóstoles que el Maestro estaba vivo. Para la Iglesia, en su nueva liturgia, la Magdalena ya no es una ex prostituta convertida, sino la mujer santa que fue testigo y apóstol en la primera comunidad cristiana.

La Iglesia se ha rendido, pues, ante la evidencia de los modernos estudios bíblicos y teológicos y ha liberado a la Magdalena del sambenito de pecadora arrepentida. ¿Quién fue entonces María Magdalena? Ése es el problema. Se reconoce hoy lo que no fue, pero aún no se tiene el coraje de admitir cuál fue su verdadero papel en la fundación del cristianismo y, menos aún, en sus relaciones, incluso sentimentales, con el profeta de Nazaret, tan bien documentadas en los evangelios canónicos y no sólo en los apócrifos.

Los textos de la confusión

En verdad, el equívoco sobre María Magdalena como prostituta que acabó arrepintiéndose de su vida de pecado, gracias a Jesús, nació en un principio de la interpretación errónea del citado texto de Lucas (Lc 7, 36-50) en el que se narra que Jesús fue invitado a comer en la casa de un fariseo. Sabiendo que el Maestro estaba en el lugar, «una mujer pecadora pública», es decir, una prostituta, se presentó allí con un frasco de alabastro lleno de perfume «y poniéndose a sus pies, comenzó a llorar y con sus lágrimas le mojaba los pies y con su melena se los secaba; besaba sus pies y los ungía con su perfume». El fariseo, escandalizado, piensa que si Jesús fuera un verdadero profeta, habría sabido qué tipo de mujer lo estaba tocando, pues era conocida públicamente como pecadora. El fariseo pensaba: «Si éste fuera el profeta, sabría quién y qué clase de mujer es ésta...».

Jesús, en esa bella escena, de una gran riqueza literaria, adivina los pensamientos del fariseo y, tras reprocharle que él no había cumplido con las normas elementales judías usadas para recibir a un huésped y amigo (ofrecerle agua para lavarse los pies, darle el beso de bienvenida y ungirle la cabeza con aceite), le recuerda que aquella mujer sí lo había hecho y que, por tanto, ella poseía mayor capacidad de amar que él. A la mujer, Jesús le dice que sus pecados le quedaban perdonados y que podía irse en paz.

Lo que ocurre es que ni en ese pasaje ni en ningún otro lugar se dice nunca que aquella prostituta que se introdujo en el comedor del fariseo Simón, fascinada por la figura y la doctrina del profeta que a todos perdonaba, fuera ni se llamara María Magdalena.

De la Magdalena habla poco después el mismo evangelista Lucas (8, 1-4), cuando afirma que a Jesús, mientras recorría pueblos y aldeas, «le acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades, entre ellas, María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios». También se cita a una Juana, esposa de un funcionario judío, y a una cierta Susana. Por la continuidad de los pasajes, o por otras razones, se identificó a la prostituta de la casa del fariseo con la María Magdalena de la que Jesús había arrojado siete demonios, aunque Lucas no señala en ningún momento que la prostituta se llamara así.

Por último, hay que añadir otro pasaje que condujo a identificar a la Magdalena con la mujer de mala vida que había enjugado los pies del Maestro con sus lágrimas, ungiéndolos con perfume.

Es el texto de Juan 12, 1-8, en el que se narra que seis días antes de la Pascua y de la Pasión de Jesús, al estar cenando en casa de Lázaro, su amigo, a quien había resucitado de entre los muertos, su hermana María, «tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume». Judas Iscariote, el apóstol que entregaría días después al Maestro por treinta monedas de plata, se irrita y comenta que mejor habría sido vender aquel perfume, que costaba trescientos denarios, es decir, una pequeña fortuna, para dárselo a los pobres. Jesús, enigmático como de costumbre, responde a Judas: «Déjala que lo guarde para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre tendréis con vosotros, mientras que a mí no siempre me tendréis». Desde luego, los evangelios advierten que Jesús sabía que andaban buscándolo y que conocía su destino final; por esa razón alude a los perfumes que se utilizaban para honrar los cuerpos de los fallecidos antes de enterrarlos.

Tres Marías

En definitiva, los lectores de los evangelios conocen a una pecadora pública en casa del fariseo, a María Magdalena, una de las mujeres piadosas que seguían a Jesús, y a María, la hermana de Lázaro. ¿Cómo se llegó a confundir a las tres mujeres? Por caminos tortuosos, en muchos casos interesados en identificar a Magdalena con una mujer de mala fama. Si la María hermana de Lázaro fuera, en efecto, la misma que ungió también los pies de Jesús en casa del fariseo, ello significaría que la hermana de Lázaro era prostituta, algo que va contra toda evidencia bíblica. Y la evidencia bíblica habla de tres mujeres: la prostituta sin nombre, la piadosa-endemoniada —llamada explícitamente María, la Magdalena— y la hermana de Lázaro, María. No hay constancia de que ninguna de esas tres fuera la que visitó la tumba de Jesús, aunque éste sí advirtió que la hermana de su amigo reservaba perfume para su sepultura.

La identificación de María, la hermana de Lázaro, con María Magdalena ha sido muy fuerte y ha dado lugar a no pocas leyendas sobre el paradero de la Magdalena. Una teoría especialmente peregrina sugiere que se habría refugiado en el sur de Francia junto con Lázaro y su hermana Marta, perseguidos porque se había descubierto que ella era la mujer de Jesús. Leyenda aparte, no cabe duda de que de los evangelios es imposible deducir que María, la hermana de Lázaro, el gran amigo del Maestro a quien resucitó tras su muerte, fuera una mujer pública y escandalosa, una prostituta o una ramera.

Y el hecho de que fuera María Magdalena quien acudiera a la tumba de Jesús con aceites para ungir el cuerpo del Maestro nada prueba y, desde luego, no asegura que fuera la misma mujer pública que había ungido los pies de Jesús en casa del fariseo: de hecho, el evangelista no dice cómo se llamaba aquella mujer.

Esta identificación parte de cierto desconocimiento de las costumbres de aquel tiempo: el uso de aceites y ungüentos era algo muy común, y afectaba no sólo a los rituales mortuarios sino también del amor.

Fue tan común e importante la unción del cuerpo con aceite que la Iglesia acabaría usándola en el sacramento de la extremaunción, llamada también «unción de los enfermos».

Mientras la Iglesia romana llegó a identificar a las tres mujeres —la prostituta, María (hermana de Lázaro) y María Magdalena— en una sola persona, la Iglesia oriental siempre las consideró separadas y como personajes diferentes. Para la Iglesia griega, la Magdalena era incluso una virgen.

Hoy es muy difícil que algún experto en las Sagradas Escrituras y algún teólogo moderno considere a María de Magdala como una prostituta.

Los demonios de María Magdalena

Tal y como se ha expuesto, los textos hablan de una «María, la llamada Magdalena», que seguía a Jesús junto a otras mujeres (Lc 8, 1-3). Se dice que Jesús había arrojado de ella a siete demonios. Este episodio aparece explícito en los evangelios de Lucas, Marcos y Juan. ¿Qué significan esos «siete demonios»?

También en este punto se ha hecho hincapié para corroborar que la Magdalena era una pecadora. Se consideraba, en efecto, que la posesión diabólica era consecuencia del pecado y, fundamentalmente, del pecado «de sexo». Por eso, si la Magdalena era una endemoniada a la que Jesús había librado de siete demonios, era porque se trataba de una prostituta. Y no una prostituta común.

En primer lugar, el número siete tiene profundos significados simbólicos en la Biblia. (Los números son importantes en la cultura judeocristiana y pocas veces se utilizan casualmente: el tres, el siete y el doce son números básicos. No es casual que la divinidad se divida en tres, que la Sagrada Familia fueran tres, que el Nazareno fuera crucificado en un grupo de tres o

que Jesús resucitara al tercer día; tampoco es casual que Dios hiciera el mundo en siete días, que el número de los pecados se estableciera en siete o que Jesús expulsara siete demonios de María Magdalena; y, así mismo, tampoco se utilizó el número doce aleatoriamente: doce fueron las tribus de Israel y doce los apóstoles elegidos por Jesús, entre otros muchos ejemplos. Las referencias numéricas en la Biblia no siempre deben considerarse históricas, sino más bien vinculadas a recursos simbólicos). En el caso de los «demonios» de Magdalena, ese número representa la importancia que los evangelios concedían a esa mujer.

Por otra parte, en tiempos de Jesús cualquier trastorno de tipo psíquico se confundía con la posesión diabólica. Estar poseído por un espíritu diabólico significaba también sufrir de una enfermedad no reconocida físicamente. Por eso, si es histórica la alusión del evangelio de que Jesús arrojó de la Magdalena siete demonios y no se trata de una interpolación posterior para disminuir la importancia de la mujer más amada por Jesús y que despertaba celos entre los mismos apóstoles varones, lo máximo que puede afirmarse es que María Magdalena había estado enferma y que Jesús la curó. Nada más.

La posesión diabólica, ni siquiera en el sentido en que se entendía en tiempos de Jesús, nada tenía que ver con los pecados del sexo. Hay incluso quien piensa que aquel haber «arrojado de ella siete demonios» podría significar que el alma de Magdalena venció todas las formas del mal, es decir, que Jesús la purificó de todo mal. Ésta es la teoría del católico Jacir de Freitas Faria, inspirándose en el evangelio gnóstico de Magdalena. En el evangelio gnóstico se dice que María Magdalena «conoció el Todo», es decir, que fue una iniciada en los misterios de Jesús y una «inspirada».

Sin embargo, durante siglos, la Iglesia consideró a la Magdalena como el símbolo del pecado de sexo y como la pecadora arrepentida, para oponerla, sin duda, a María, la Virgen y la Inmaculada. La Magdalena sería el espejo de Eva, primer símbolo del pecado, polo contrario y simbólico de María Virgen que sería la nueva Eva, la mujer sin pecado.

A partir del siglo x, María Magdalena se consideró como «ejemplo de perdición del mundo», como afirmaba el papa Gregorio Magno (540-604), quien llegó a calificarla como «esclava de la lujuria». Honorio de Autun, en el siglo xii, escribió de ella que vivió «atormentada por deseos impuros». Por eso, Magdalena, según dicha tradición, pasó su vida escondida en una gruta, en el de-

sierto, haciendo penitencia y mortificando su carne.

La metamorfosis fue perfecta. María Magdalena había sido una prostituta y una endemoniada. Se convirtió a la fe y se transformó en el mito de la cristiana arrepentida que llora y purga sus pecados. Es también una mujer cristiana fuerte, ejemplo para todas las mujeres pecadoras, que supo llorar sus pecados pasados.

Al mismo tiempo, convirtiendo a la Magdalena en una simple prostituta arrepentida, que pasó el resto de su vida haciendo penitencia por sus pecados, se la aleja del peligro de que aparezca no sólo como una mujer especial, la más cercana a Jesús, sino como la mujer que recibió del Maestro los secretos mejor guardados, la primera «apóstol», la que, quizá, tendría que haber sido —quizá— la verdadera fundadora del cristianismo, principalmente por haber sido ella la primera y única testigo de la resurrección. ¿No fue Pablo quien afirmó que si Cristo no hubiera resucitado «vana sería la fe» de los cristianos? Pero los apóstoles supieron que Jesús seguía vivo tras su Pasión en la cruz, porque Magdalena se lo reveló en su nombre.

Sólo hoy —sobre todo, después del descubrimiento de algunos escritos gnósticos en Egipto; entre ellos, los evangelios de Magdalena y de Tomás— se ha comenzado, aunque lenta, una revisión de la figura de María Magdalena, a la que los evangelios canónicos colocan como a la mujer más importante de la caravana apostólica de Jesús, la cual, además, cubría los gastos de la comunidad con sus propias pertenencias. Así, en los evangelios se asegura que ella y «otras muchas» servían a los apóstoles y a Jesús «con sus propios bienes».

Para reconstruir la figura de Magdalena, el primer paso ha sido fijar lo que Magdalena no fue. Es decir, se trata de desestimar definitivamente la imagen negativa que la Iglesia fue creando en torno a este personaje a medida que la institución se jerarquizaba, se masculinizaba y se convertía en baluarte contra el sexo como ejercicio humano de diálogo y de felicidad, reduciéndolo a una mera función procreativa y colocando el celibato y la virginidad por encima incluso del sacramento del matrimonio. Así, el sexo se hizo pecado y Magdalena sería la encarnación del pecado de sexo. La arrepentida y la perdonada. Por tanto, la santa.

Prostituta, endemoniada, pecadora, encarnación del mal, símbolo del arrepentimiento... Todo menos lo que fue realmente; es decir, la mujer más importante en el cristianismo naciente. Sólo María, la madre de Jesús, puede oscurecer su presencia y en los evangelios es incluso más visible que la virginal Madre de Dios. En efecto, según los evangelios, Jesús se aparece el

domingo de Resurrección a Magdalena, y no a María: de esta forma, el Maestro confiere a esa mujer una formidable importancia teológica.

2

### La Magdalena histórica

María Magdalena, o María de Magdala, fue un personaje histórico real. Es la mujer que más veces se cita en los evangelios canónicos (diecisiete veces). Más incluso que la madre de Jesús. De María Magdalena existen, además, abundantes datos biográficos en los evangelios apócrifos y en los gnósticos; incluso se cuenta con un evangelio entero atribuido a ella. Es, pues, un personaje real y no un mito, aunque de ella se conoce relativamente poco. Sin embargo, se perfila cada vez más claramente, sobre todo en los círculos más abiertos del cristianismo, la importancia de su autoridad como la discípula predilecta de Jesús, objeto de las preferencias y de las intimidades del profeta de Nazaret, lo cual no dejó de despertar incluso los celos de algunos apóstoles.

Poco se sabe del origen verdadero de María Magdalena. Los evangelios dicen que era originaria de Magdala, una ciudad portuaria y colonia de pescadores situada a orillas del lago Tiberíades, en la costa occidental. En los evangelios se revela como una seguidora fiel del profeta o del loco de Nazaret y aparece junto a él en el último trance de la crucifixión: no lo abandonó ni cuando todos los apóstoles se escondieron, atemorizados, ante la persecución. Estuvo presente en el sacrificio final y fue el testigo más precioso del milagro de la resurrección. Pero nada se dice de su filiación religiosa, si era pagana o judía, ni se comenta la formación intelectual de la Magdalena.

Quizá la dificultad de investigar las huellas de la mujer más citada en los evangelios sea la razón de tantas pinturas y esculturas, tantas novelas y tantas películas dedicadas a su figura. En todo caso, la inmensa mayoría de estas obras es fruto de la fantasía y de la creación literaria más que de una búsqueda de sus raíces históricas. Como escribe Susan Haskins en su obra *María Magdalena, mito y metáfora* (Herder, 1996), «la imagen que predomina de María Magdalena es la de una hermosa mujer, de larga cabellera dorada, que llora por sus pecados y encarna la arcaica relación entre la belleza, la sexualidad y el pecado femeninos». Y así aparece en los miles de pinturas que de ella existen en el mundo.

Para intentar penetrar en el personaje histórico, una vez liberada de los viejos y falsos clichés de mujer de mala vida convertida a la virtud, es necesario conocer en primer lugar cómo aparece María Magdalena en los evangelios canónicos, aquellos que la Iglesia considera «inspirados»: Mateo, Lucas, Marcos y Juan. Más adelante se examinará su figura en los evangelios apócrifos, a los que la Iglesia concede menor respetabilidad histórica, aunque en los primeros siglos se citaban indistintamente, a la par de los que más tarde fueron escogidos oficialmente.

Por lo pronto, su presencia al lado de Jesús aparece en los cuatro evangelios canónicos, lo que indica la importancia que tuvo en el primer siglo del cristianismo, cuando se redactan los evangelios, un momento histórico y cultural en el que la mujer no gozaba en la sociedad del más mínimo aprecio y prestigio. Éste es un tabú que Jesús quiebra enseguida al asociar su aventura misionaria a toda una serie de mujeres que lo acompañan junto con los apóstoles varones, los cuales, en más de una ocasión, como judíos que eran, llegaron a manifestar su perplejidad al ver al Maestro tratar en público a las mujeres, con absoluta naturalidad, incluso a las no judías y, por tanto, impuras para ellos.

Una de aquellas mujeres, por ejemplo, fue la samaritana. Aquella mujer de Samaria, en efecto, no podía presumir de buenas costumbres, y Jesús le recuerda que había tenido cinco maridos y que el actual, con el que convivía, no era el suyo. Otra quiebra de las normas hebreas se produjo cuando Jesús conversó con la mujer hemorroisa, víctima de un flujo de sangre y, por tanto, impura según las leyes judías. La mujer conocía estas normas, como las conocían todos, y tocó el borde del manto de Jesús con la esperanza de que éste no se percatara y con la fe puesta en su sanación. Jesús supo que alguien le había tocado «porque una fuerza ha salido de mí». Avergonzada, la mujer impura admite que ha sido ella, pero Jesús no le niega la palabra y la sana.

Estos dos ejemplos demuestran que el Nazareno estaba quebrando las normas impuestas por la ortodoxia judía en lo tocante a la mujer. La ruptura, sin embargo, iba a ser aún más decisiva. Magdalena elegida

Algunas mujeres aparecen y desaparecen de la vida de Jesús. María Magdalena está presente en los evangelios desde el primer momento en que Jesús comienza su predicación en Galilea, lo cual, según Jacir de Freitas, en *El otro Pedro y la otra Magdalena según los apócrifos* «justifica su título de apóstol junto con Pedro, Juan y los otros apóstoles por él escogidos»; y

añade: «María Magdalena aparece con liderazgo apostólico en los evangelios canónicos de forma discreta, aunque, en realidad, lo poseía».

El hecho de que los evangelistas no hayan podido silenciar la presencia de esta mujer al lado del Maestro desde los albores de su predicación, cuando empieza a escoger el grupo que compartiría su aventura y que lo llevaría a la muerte acusado de revolucionario religioso-político, demuestra con gran evidencia, como subrayan los expertos biblistas, la importancia que debió de tener María Magdalena dentro del grupo de los apóstoles.

Hoy se sabe que el hecho de que se afirmara constantemente que los apóstoles fueron doce sólo afecta a su significado simbólico. Los evangelistas utilizaron ese número para hacerlo coincidir con las doce tribus de Israel, pero, en realidad, fueron más de doce y María Magdalena fue una de ellos, aunque no quedara contabilizada en dicho número. Aun así, los evangelios canónicos intentan disminuir de alguna forma la importancia de la Magdalena: la apartan del número de los apóstoles y la colocan junto a «otras mujeres» que sostenían económicamente con sus bienes al grupo de los apóstoles que habían dejado sus trabajos para seguir al profeta.

Este último dato es importante: se puede deducir que María Magdalena probablemente pertenecía a una familia acomodada, poseedora de algunos bienes que decidió emplear en la financiación de la secta. Aunque no se sabe nada de su pasado, lo cierto es que empleó su hacienda en el sostenimiento del grupo. ¿Había estado casada antes y dejó a su marido para seguir a Jesús? ¿Era viuda? ¿O era tan joven cuando conoció al profeta que aún no se había casado? Esta última hipótesis parece la menos probable si se tiene en cuenta la importancia que se le da a María Magdalena en los evangelios y las fuertes relaciones intelectuales que se le atribuyen a ella y a Jesús en los evangelios gnósticos —cada vez más revalorizados dentro de la parte más progresista de la Iglesia—. La Magdalena, cuando conoció a Jesús, a quien ya no abandonaría nunca, debía de ser una mujer madura.

Respecto a otras mujeres —de las que dicen los evangelios que también contribuían con sus bienes a sustentar las necesidades vitales del grupo de los apóstoles—, los evangelistas no tienen ningún inconveniente en referirse a sus familias. Es el caso de Juana, por ejemplo, que era esposa de uno llamado Khuzá, administrador de Herodes. Curiosamente, de la Magdalena nunca se dice nada ni se recuerda su genealogía o su estado.

El pasaje de los evangelios en el que se explican todos estos detalles ha contribuido a formular una revisión del papel de la mujer en la sociedad judía en tiempos de Jesús. Se sabe, por ejemplo, que en la ortodoxia hebrea más estricta la mujer tenía muy poco espacio y el nivel de independencia era prácticamente nulo. ¿Cómo se explica entonces que tanto María Magdalena como las otras mujeres citadas en los evangelios pudieran disponer de sus bienes propios, vivir fuera de casa, dejar a sus maridos y acompañar al profeta? Son preguntas a las que se intentará responder en otro capítulo.

El profeta de Nazaret, que nunca tuvo en cuenta las duras reglas que limitaban la libertad de acción de las mujeres y que nunca las consideró impuras y se dejó tocar por ellas, se debió de sentir más a gusto con aquellas mujeres que, como Magdalena, procedían de una sociedad y de una cultura menos cerrada que la judía ortodoxa de su tiempo.

La cumbre del cristianismo y una mujer

Aunque los evangelistas no pudieron oscurecer del todo la importancia que María Magdalena tuvo en el grupo de los apóstoles —precisamente, por ser mujer—, los especialistas advierten una larvada intención, si no de desprestigiarla, por lo menos de rebajar la importancia que realmente tuvo en la tradición oral.

Cualesquiera que fueran los motivos y las intenciones de esa ocultación, los evangelistas no pudieron sin embargo omitir el hecho más trascendente de la biografía de la Magdalena, el episodio que la coloca incluso por encima de los mismos apóstoles, al presentarla como la primera persona a la que Jesús se aparece después de resucitado. Se trata del momento cumbre del cristianismo: la resurrección. Y para confirmar ese hecho decisivo, Jesús eligió a María Magdalena. Ella es también la encargada de anunciar a los miedosos apóstoles, que se habían escondido al ver que habían crucificado a su jefe, que Jesús estaba vivo: «Jesús resucitó en la madrugada, el primer día de la semana y se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a comunicar la noticia a los que habían vivido con él, que estaban tristes y llorosos. Ellos, al oír que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron» (Mc 16, 9-12).

No sólo Marcos describe este episodio. También Lucas y Mateo y, sobre todo, Juan admiten que María Magdalena fue la encargada de dar a los apóstoles la noticia de la resurrección de Jesús. Lucas y Mateo precisan que había otras mujeres con Magdalena, mientras que Juan

sólo la nombra a ella. Por tanto, los apóstoles supieron de la resurrección de Jesús por una mujer. Pero ocurría que en aquella sociedad la mujer no era creíble en un juicio y por eso no podía testimoniar. De hecho, en un primer momento, no la creen. Desde el punto de vista de la ortodoxia social judía, era verdaderamente inconcebible que Jesús escogiera a una mujer para que diera «testimonio» de su resurrección.

La transmisión escrita de los cuatro evangelios canónicos también aporta valiosísima información respecto a aquellas mujeres que empleaban su patrimonio en el sustento del grupo de Jesús. Cuando se habla de las mujeres que acompañaban a Jesús, se las llama en griego diakonein, que significa servidoras o administradoras. Esa palabra sirvió más adelante para designar el grado inferior en la jerarquía eclesiástica al sacerdocio: los diáconos. Sin embargo, ese término no se emplea para designar a la discípula predilecta de Jesús; cuando se alude a María Magdalena, se usa el término griego koiononós, es decir, «compañera». Por otra parte, cuando se trata de nombrar a las mujeres, se la nombra a ella siempre en primer lugar y siempre con su segundo nombre o el gentilicio. Por eso acabó llamándose simplemente la Magdalena, un recurso que no se emplea con las otras mujeres.

Sin embargo, el hecho de haber sido escogida por Jesús para el gran anuncio de la resurrección bastaría para que resultara imposible despojar a esta mujer del merecido título de «apóstol preferido» del Maestro. San Pablo diría más tarde: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra esperanza». Pues bien, aquella esperanza llegó de la mano de una mujer, que fue quien comunicó la sorprendente noticia a los apóstoles incrédulos.

Más tarde, todas estas evidencias de los evangelios canónicos se van diluyendo a medida que crece y se desarrolla la Iglesia oficial, hasta el punto de llegar a afirmar que Jesús, tras su resurrección, se apareció en primer lugar a Pedro. Es el momento en el que se empieza a establecer que el obispo de Roma, sucesor de Pedro, estaba por encima de los demás obispos. Para ello fue necesario reivindicar el primado de Pedro. Se necesitaba, pues, que Jesús se hubiese aparecido a él antes que a nadie, algo que contradecía a los mismos evangelios canónicos y a la tradición más antigua de la Iglesia tanto oriental como occidental que, desde el primer momento, habían aceptado que fue María Magdalena la escogida por el Maestro para convencer a los apóstoles de que había resucitado de entre los muertos.

Susan Haskins recuerda algunos motivos de esa ocultación de la verdad: «Se ha debatido que la afirmación de que Cristo se le apareciera primero a Pedro, contrariando a la tradición de María Magdalena, respondía a un fin esencialmente político: legitimaba las reivindicaciones de aquellos hombres que deseaban autoridad en el seno de la Iglesia, excluyendo así a las mujeres y retornando al patriarcado existente durante la época de Jesús, el cual se ha mantenido aproximadamente dos mil años».

Todo lo contrario ocurre en los evangelios gnósticos. En ellos, la protagonista de la primera comunidad cristiana es María Magdalena, escogida por Jesús como su confidente y testigo primero de la resurrección. Haskins lo explica así: «Si fuera cierto que los relatos gnósticos sobre María Magdalena son la prueba de una tradición histórica de la vida de Cristo que ha sobrevivido y que no ha sido admitida por los relatos ortodoxos de su ministerio, entonces la última tradición pudo haber resultado de una decisión política (cuya forma precisa quizá nunca llegue a conocerse) de reducir el papel de las mujeres, junto con el de María Magdalena, como representante suya». Según esta escritora, a pesar de que la Iglesia de Roma en el siglo xx se ha visto obligada a admitir la importancia de María Magdalena como seguidora privilegiada de Cristo, «todavía, en su firme adherencia al simbolismo y la supremacía masculina, rehúsa aceptar su envergadura».

¿Hasta cuándo la Iglesia católica podrá continuar ignorando una verdad histórica que está totalmente fundamentada en los textos evangélicos que ella misma considera inspirados por Dios? Es difícil preverlo, porque el peso de una tradición de siglos es muy importante y resistente al cambio. Durante los últimos dos milenios, la Iglesia de Jesús se ha sentido fundamentalmente masculina, llegando incluso a defender como materia de fe de la tradición que la mujer no puede ser sacerdote ni obispo, porque Jesús no había escogido a ninguna mujer para ejercer el apostolado. ¿Cómo se puede hoy defender tal afirmación, después de conocer el liderazgo de María Magdalena en la Iglesia primitiva? ¿Cómo se puede mantener esa hipótesis restrictiva cuando se ha leído claramente que la Magdalena y muchas otras mujeres fueron las verdaderas artífices de las primeras comunidades cristianas?